

Globalización, Estado y sociedad civil: el nuevo contexto histórico de los derechos humanos

MANUEL CASTELLS

Universidad de California- Berkeley

La globalización es la palabra clave de la transformación estructural que está sufriendo nuestro mundo. Sufriendo es el término adecuado, aún reconociendo el extraordinario desarrollo tecnológico y económico que estamos viviendo en las sociedades desarrolladas, porque el proceso de cambio se presenta para la mayoría de las personas como ajeno, incontrolable e inevitable. De ahí que hayan surgido fuertes reacciones defensivas y movimientos críticos contra el proceso de globalización. Y una de esas críticas se refiere al desarrollo unidimensional de la globalización en torno a intereses económicos capitalistas.

Pero en realidad la transformación que estamos viviendo es multidimensional. Y junto a la globalización de la tecnología y la economía se plantea con fuerza creciente la globalización de la política y la cultura. Por arriba, mediante la conexión

entre los estados y la expansión planetaria de los medios de comunicación. Por abajo, mediante la emergencia de voces críticas y movimientos sociales que plantean el control social de la globalización económica, junto con la globalización de los derechos humanos y la afirmación política de su respeto universal.

Para avanzar la investigación teórica en este debate es necesario partir de la observación de los procesos recientes, así como del esclarecimiento analítico de las cuestiones que se plantean. Mi planteamiento es que una comprensión adecuada de la relación entre globalización y derechos humanos requiere estudiar el cambio de relaciones entre estado y sociedad civil, en una época caracterizada por la crisis del estado nación, sometido a la tensión contradictoria entre globalización instrumental y localización identitaria.

El proceso de globalización

Globalización no es sinónimo de internacionalización. En sentido estricto es el proceso resultante de la capacidad de ciertas actividades de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria. Es un fenómeno nuevo porque sólo en las dos últimas décadas del siglo XX se ha constituido un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en las que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de

la actividad humana. Así, la economía global no es, en términos de empleo, sino una pequeña parte de la economía mundial. Pero es la parte decisiva. La economía global incluye, en su núcleo fundamental, la globalización de los mercados financieros, cuyo comportamiento determina los movimientos de capital, las monedas, el crédito y por tanto las economías en todos los países. Los mercados de divisas en el año 2000 cambiaron diariamente 2,1 billones de dólares en promedio, haciendo imposible para cualquier gobierno sostener su divisa en contra de turbulencias masivas de los mercados financieros. El desarrollo y creación de sofisticados productos financieros (derivados, nuevos tipos de futuros, opciones etc.) articulan valores bursátiles en distintos mercados, estableciendo su interdependencia a través de transacciones electrónicas que mueven miles de millones de dólares en segundos. Según algunos cálculos, el valor de mercado de la capitalización del total de productos financieros derivados en 1998 era equivalente a 12 veces el valor estimado del producto bruto total del planeta. No hay, hoy por hoy, control o regulación de los flujos globales de capital, lo que convierte a todas las economías, en dependientes del comportamiento de los valores de sus empresas, acciones y obligaciones, en los mercados financieros. La globalización de la economía también incluye la importancia creciente del comercio internacional en el crecimiento económico, el aumento considerable de la inversión extranjera directa, la globalización de una parte esencial de la producción de bienes y servicios en torno a empresas multinacionales y a sus redes auxiliares, la interpenetración internacional de mercados de bienes y servicios, la formación de un mercado global de trabajadores de especial cualificación (de los ingenieros de software a los futbolistas) y la importancia de las migraciones internacionales de mano de obra desplazada por las crisis económicas hacia zonas con mayores oportunidades de empleo y progreso.

Junto a la globalización económica en sentido estricto, asistimos también a la globalización de la ciencia, la tecnología y la información; la globalización de la comunicación, tanto en los medios de comunicación masiva y multimedia, como en las nuevas formas de comunicación a través de Internet; y, en una dimensión mas siniestra, la globalización del crimen organizado tiende a penetrar las instituciones de gobiernos en numerosos países, con efectos perversos considerables sobre la soberanía y la legitimidad políticas.

El nuevo sistema global que se constituye a partir de redes de intercambio y flujos de comunicación es a la vez extremadamente incluyente y extremadamente excluyente. Incluyente de todo lo que tiene valor según los códigos dominantes en los flujos y excluyente de todo aquello que, según dichos códigos, no tiene valor o dejar de tenerlo. En la medida en que la globalización se ha desarrollado, esencialmente, como instrumento de articulación de mercados capitalistas, la rentabilidad económica (ya sea mediante ganancia de empresa o acrecentamiento del valor patrimonial, según los casos) se convierte en el criterio fundamental para la inclusión o exclusión en las redes globales. Se

constituye así un sistema extraordinariamente flexible y dinámico, pero sometido a fuertes oscilaciones y a una dinámica competitiva que no admite tregua o error. Las redes globales articulan individuos, segmentos de población, países, regiones, ciudades, o barrios, al tiempo que excluyen otros tantos individuos, grupos sociales o territorios. Todos los países y territorios están atravesados por dicha lógica dual, de forma que se crean redes transnacionales de componentes dinámicos de la globalización, al tiempo que se segregan y excluyen segmentos sociales y territorios al interior de cada país, región o ciudad. Naturalmente, en proporciones altamente variables según las zonas del mundo en que opere la competitividad. Si en África la gran mayoría de la población está excluida del sistema globalizado (aunque sufre las consecuencias de lo que ocurre en dicho sistema) en Estados Unidos la proporción oscila en torno al 20%, aunque en el centro-sur de Los Ángeles asciende al 30%. Esta geografía diferencial de la exclusión social se complica aún más con la geometría variable de la globalización, cuando turbulencias informativas en los mercados financieros propulsan sectores económicos y territorios hacia la prosperidad (valores Internet) o la desintegración (Indonesia) según procesos que sólo parcialmente responden a cálculos estrictamente económicos.

Las fuentes de productividad y competitividad en la nueva economía global dependen fundamentalmente de la capacidad de generación de conocimiento y procesamiento eficaz de la información. La cual depende, a su vez, de la capacidad cultural y tecnológica de las personas, empresas y territorios. En la economía informacional, la educación y la innovación se constituyen en fuerzas productivas directas. Pero siendo condiciones necesarias para el nuevo modelo de desarrollo, no son suficientes. Porque en la medida en que el excedente se transfiere al mercado financiero, el comportamiento del mercado financiero, sometido a percepciones de psicología colectiva y a turbulencias informativas de todo origen, influye decisivamente en la riqueza y la pobreza de las naciones.

En este nuevo modelo de desarrollo informacional, la sociedad y las instituciones juegan un papel decisivo. Ello es así, por un lado, porque la productividad y competitividad dependen de la calidad de los recursos humanos y de la capacidad estratégica, de instituciones y empresas para articular dichos recursos en torno a proyectos de inversión viables y sustentables. Por otro lado, porque la estabilidad social y política y el eficaz funcionamiento de las instituciones son factores psicológicos esenciales para los inversores globales, de cuyo comportamiento depende, finalmente, el valor de empresas y países en los mercados financieros.

La globalización, en su encarnación actual de capitalismo informacional desregulado y competitivo, supera a los estados, pero articula a los segmentos dinámicos de las sociedades en todo el planeta, al tiempo que desconecta y margina a aquellos que no tienen otro valor que el de su vida.

Sin embargo, la globalización no es un proceso automático ni predeterminado. Es orientado conflictivamente por actores sociales y políticos que rede-

finen en su practica la relación entre estado y sociedad civil y, a través de dicha transformación, modifican el proceso mismo de globalización.

La sociedad civil

El término de sociedad civil es tan evocador como confuso. Generalmente, se utiliza para aludir a las formas autónomas de organización social independientes del estado. Se le suele atribuir un valor positivo, por ser expresión de los ciudadanos sin cortapisas de aparatos políticos y sin la mediatización de intereses económicos. En un mundo caracterizado por el cinismo político y la crisis de legitimidad del estado, la sociedad civil aparece como el ámbito depositario de las ultimas esperanzas democráticas -aunque habría que recordar que los grupos neonazis y racistas también forman parte de la sociedad civil.

Sin embargo, como suele ocurrir, un examen más detenido del significado de sociedad civil revela su complejidad. De forma esquemática y sin aquí poder entrar en honduras en un tema fundamental, el concepto de sociedad civil proviene de dos tradiciones teóricas y tiene dos sentidos diferentes, aunque en ambos casos plantea la misma cuestión fundamental, la de la relación entre el estado y los ciudadanos. La primera tradición es la que viene de John Locke y el liberalismo anglosajón. La segunda es la tradición marxista humanista representada por Antonio Gramsci. Entre las dos, aunque dentro del liberalismo, se sitúa la filosofía política pragmática de Tocqueville. Para Locke la sociedad civil se constituye en torno al conjunto de instituciones y asociaciones que permiten a los ciudadanos escapar al control del estado y defender sus derechos. Es, en cierto modo, un control meta-jurídico a los abusos del estado. Gramsci no opone la sociedad civil al estado. En realidad, pone énfasis en la continuidad institucional entre los aparatos del estado y las formas organizativas de la sociedad civil: partidos, sindicatos, iglesias, cooperativas, asociaciones voluntarias. Es precisamente esta continuidad, esta gradación entre los niveles de formalización de la vida política colectiva lo que permite a las fuerzas revolucionarias, en la perspectiva gramsciana, transformar el estado sin necesitar el recurso al asalto frontal implícito en la perspectiva leninista. Este análisis gramsciano de la sociedad civil subyace a la práctica histórica y a la representación ideológica del socialismo democrático. Mientras que para Locke la sociedad civil es un mecanismo defensivo de los derechos del individuo, para Gramsci constituye la plataforma ofensiva de la transformación política colectiva. Para Tocqueville, su modelo de democracia americana demuestra la necesaria complementariedad entre el estado y las diversas formas de asociación voluntaria. La representación específicamente política del estado democrático reposa sobre un tejido mucho mas amplio de participación ciudadana. En este modelo la sociedad civil es constitutiva del estado, no externa al mismo.

Pero en las tres versiones de sociedad civil, la cuestión fundamental es la relación entre el estado y los ciudadanos a través de formas que van más

allá de la delegación individual de poder. Es decir, la sociedad como sujeto político colectivo no se agota en el proceso de representación democrática ni puede defender sus derechos por el medio exclusivo del poder judicial. El concepto de sociedad civil alude a un mecanismo de representación y defensa de los ciudadanos que desborda las instituciones del estado propiamente dicho, pero siempre teniendo dicho estado como interlocutor y punto de referencia. La sociedad civil no puede pensarse independientemente del estado.

Ahora bien, el estado al que se refiere el concepto de sociedad civil es el estado nación. Y los procesos de organización, representación y defensa de la sociedad civil se constituyen en un ámbito económico, jurídico, cultural esencialmente construido en torno al estado-nación. ¿Qué ocurre entonces cuando, en el contexto de la globalización, el estado-nación entra en crisis de operatividad y legitimidad, y cuando los procesos constitutivos de la sociedad civil (la economía, la comunicación, la cultura) desbordan el ámbito nacional?

El tratamiento de dicha cuestión exige previamente el desarrollo esquemático de dos temas. Por un lado la construcción de sentido social sin referencia al estado, a partir de la identidad cultural. Por otro lado, la transformación de las instituciones del estado en su intento de adaptarse a las nuevas condiciones históricas suscitadas por el proceso de globalización.

La construcción de la identidad como fuente de sentido

La informacionalización y la globalización son procesos centrales de la constitución de una nueva economía y una nueva sociedad en el cambio de milenio. Pero junto a ellos, y en interacción compleja, otro fenómeno, de índole cultural y política, está transformando el mundo. El reforzamiento de las identidades culturales como principio básico de organización social, seguridad personal y movilización política. Identidad, en términos sociológicos, es el proceso por el cual los actores sociales construyen el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles de sentido de la acción. Puede darse el caso de varias identidades en un individuo, pero tal pluralidad es siempre fuente de tensión. No siempre se define un actor por su identidad, pero cuando el principio de definición es identitario, es un principio fuerte que tiende a cobrar preeminencia sobre otras fuentes de sentido. En nuestro tiempo histórico, las identidades religiosas, nacionales, territoriales, étnicas y de género, aparecen como principios fundamentales de auto-definición, cuyo desarrollo marca la dinámica de las sociedades y la política de forma decisiva. Sin entrar en controversias poco útiles sobre la novedad histórica de esta explosión identitaria, sí puede sostenerse que su existencia invalida la tesis de la de-sacralización y des-ideologización de la sociedad moderna. La superación de las identidades, que era el gran proyecto histórico del racionalismo (liberal o marxista) ha sido superado por el renovado poder de la identidad.

Junto a estas identidades fuertes, comunitarias, aparentemente fundadas en experiencia histórica y tradición cultural, hay también el surgimiento de identidades individuales, auto-construidas en torno a un proyecto personal, a un principio electivo. Tales identidades individualistas son particularmente importantes en sectores sociales o sociedades en que las identidades comunitarias no se desarrollan, pero en las que los principios abstractos de pertenencia simbólica (tales como ciudadanía, clase social etc.) se debilitan como resultado del vaciamiento de contenido histórico de las instituciones y organizaciones que encarnaban dichos principios (el estado-nación, los sindicatos de clase, etc.). Una identidad individualista particularmente importante es la identidad familiar, o individualismo familiar, en la que se funde el sustrato comunitario y el proyecto autónomo de existencia, vaciado de todo otro contenido que la afectividad inmediata y defensiva hacia uno mismo y los suyos.

¿Por qué se desarrollan las identidades como principios constitutivos de la acción social en la era de la información? Mi hipótesis, apoyada en la observación de movimientos sociales y expresiones identitarias en diversas áreas del mundo, es que este desarrollo es consecuencia de la globalización y de la crisis de las instituciones del estado-nación y de la sociedad civil constituida en torno al estado. Explico. La globalización desborda la capacidad de gestión de los estados-nación. No los invalida totalmente, pero los obliga a orientar su política en torno a la adaptación de los sistemas instrumentales de sus países hacia la navegación en los flujos globales. Al hacerlo, los estados tienen que sacrificar intereses de sectores hasta entonces protegidos por el. Cuando el estado tiene que atender, prioritariamente, a la dinámica de flujos globales su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y por consiguiente el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos. En esas condiciones, los sectores golpeados por los ajustes que impone la globalización buscan principios alternativos de sentido y legitimidad. En esa búsqueda la gente se hace consciente del déficit democrático que existe tras el andamiaje institucional e ideológico del sistema político. Y aunque no se suele poner en cuestión la democracia (cuya conquista, casi siempre, costó sangre y lágrimas), surge una oposición explícita a la globalización y a su agente, el estado ex-nacional, ahora agente racionalizador de la globalización, en torno a un principio constitutivo distinto. En muchos casos se separa la nación del estado, oponiendo al estado-nación la nación-estado (nacionalismo francés o estadounidense, o venezolano); o, bien, oponiendo al estado-nación, la nación sin estado (nacionalismo catalán, escocés o quebecois). En muchos otros casos el principio de etnicidad oprimida se utiliza como fuente de nueva legitimidad democrática (los zapatistas de Chiapas, los kataristas bolivianos). La identidad regional se constituye en principio de recomposición social frente a la crisis del estado-nación, como en Italia. Pero tal vez es la identidad religiosa, fundamentalista o moderada, la que se constituye como el principal principio alternativo de reconstrucción del sentido a escala pla-

netaria. Es el caso del islamismo, del hinduismo nacionalista, del judaísmo ortodoxo, del fundamentalismo cristiano, particularmente influyente en Estados Unidos y entre los evangelistas de América Latina. En forma distinta, el desarrollo del comunitarismo de base en la Iglesia católica latinoamericana proporciona un refugio y un sentido alternativos a las secuelas sociales de la globalización sin control, al individualismo agresivo asociado al neoliberalismo, a la crisis de las ideologías socialistas tradicionales y al formalismo retórico de las declaraciones liberales de ciudadanía. En la mayoría de los casos de movimientos sociales identitarios en el mundo hay un rechazo explícito de la globalización y una denuncia del estado, convertido en rehén de los flujos globales. No estoy interpretando el sentido de los movimientos identitarios, sino constatando el sentido que se atribuyen a si mismos. Conforme las identidades surgen como principios constitutivos de la acción social, corroen el principio fundamental de ciudadanía, sobre el cual se basó el estado-nación construido en la edad moderna. Si la identidad fundamental es la religiosa o la nación como entidad histórica, ser ciudadano es aún una fuente de derechos, pero ya no de sentido. El laicismo y el individualismo de la democracia liberal, como construcción racional y abstracta emanante del contrato social, deja de ser el principio de pertenencia y, por tanto, el principio de legitimidad. El poder de la identidad destruye la legitimidad del estado como fuente de sentido. Sometido a las presiones contradictorias de la globalización y las identidades culturales comunitarias, el estado-nación soberano y la sociedad civil constituida en torno a él, entran en un proceso de declive histórico que pareciera ser irreversible.

El Estado red

Sometido a las presiones de cambio tecnológico, económico y cultural, el estado no desaparece: se transforma. Busca, por un lado, alianzas estratégicas, tanto estables como coyunturales con otros estados, para tratar conjuntamente los problemas planteados por la globalización. Surgen así estados co-nacionales, como es la Unión Europea, con un Banco Central Europeo independiente, una moneda única y, por tanto, una económica unificada, a la que se añaden múltiples instituciones y leyes de ámbito europeo. Se refuerza el papel de las instituciones internacionales, como las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos, la Organización de la Unidad Africana y las distintas organizaciones de seguridad regionales, en Europa, en el Pacífico, en América Latina. Se constituyen alianzas militares fuertemente integradas, como la OTAN, que, en la práctica, funden las fuerzas armadas de sus miembros en unas fuerzas armadas supranacionales con mando conjunto. Surgen formas políticas *sui generis*, a medio camino entre estados co-nacionales e instituciones internacionales, como la Comunidad de Estados Soberanos, entre las repúblicas de la ex-Unión Soviética. Proliferan las áreas de integración económica que trascienden la soberanía económica nacional, como son Mercosur, el Tratado

de Libre Comercio Norteamericano o, en embrión, el Acuerdo de Cooperación Económica en el Pacífico y la unión arancelaria de los países del ASEAN en Asia del Sudeste. Y se constituyen instituciones económicas supranacionales, de ámbito global, como son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con influencia decisiva en la regulación de la desregulación económica global, bajo control del exclusivo club G-7, en base a la influencia de su opinión en los mercados financieros internacionales.

Así, el estado-nación se dota de instrumentos cooperativos de gestión, navegación y negociación en la globalización. El precio es alto: la pérdida de soberanía y el paso irreversible al poder compartido. O sea, se pierde poder para mantener influencia. Pero la alternativa es la irrelevancia de decisiones que ningún estado (ninguno, ni siquiera los Estados Unidos) puede aplicar por sí mismo. Es más, ni siquiera esta confluencia de poderes y recursos permite asegurar el control de los gobiernos sobre los flujos de capital, información y tecnología, como se ha verificado en momentos tales como la crisis financiera asiática o los repetidos fracasos en controlar Internet o los grandes conglomerados de medios de comunicación. Pero, al menos, la construcción de esferas de poder compartido permite acrecentar la capacidad de negociación e intervención en relación con los flujos globales.

Por otra parte, el estado-nación, en casi todo el planeta, está buscando su relegitimación mediante la descentralización administrativa y la participación ciudadana. Se transfieren competencias a gobiernos locales y regionales, al tiempo que se democratiza su elección y se intenta fortalecer su capacidad autónoma de gestión. En algunos casos, esta descentralización va de par con el reconocimiento de fuertes identidades nacionales, regionales y locales, intentando así hacer compatible el principio de ciudadanía política y la afirmación de la identidad cultural. También han procedido los estados a un reconocimiento creciente de la esfera de acción para-pública, mediante el desarrollo de ONGs (organizaciones no-gubernamentales) que complementan las políticas públicas, articulando recursos privados y desburocratizando la gestión de programas sociales. A menudo las ONGs prolongan su acción en la esfera internacional, en un desarrollo paralelo a la internacionalización cooperativa de la intervención de los estados. La descentralización del estado-nación y su apertura creciente (al menos formalmente) a la participación acentúan su pérdida de poder pero, por otro lado, permiten restaurar parte de su legitimidad en crisis.

Este doble movimiento del estado-nación hacia la cooperación internacional y hacia la devolución de poder a ámbitos sub-nacionales, conduce a la construcción de un nuevo sistema institucional, hecho de redes de órganos gubernamentales de distinto nivel, articuladas a estructuras no gubernamentales. Para cada problema, para cada ámbito de decisión se produce una configuración distinta de la combinatoria administrativa que compone el nuevo estado. Es un estado-red, que funciona mediante la interacción de sus distintos componentes en un proceso continuo de estrategia, conflicto, negociación, compro-

miso, co-decisión y decisión, que constituye la práctica político-administrativa concreta de nuestras sociedades. Tras la fachada grandilocuente del estado-nación soberano que aún se proclama como tal, los restos de un estado maltrecho por la globalización y las identidades se reconfiguran en redes de colaboración y puesta en común de recursos. La flexibilidad de estas redes y su acceso a mayores fuentes de recursos y competencias permite a los estados no sólo sobrevivir, sino prosperar en la era de la información. Sin embargo, la complejidad de la decisión política en ese mundo de redes institucionales, desbordando cotidianamente el ámbito nacional, complica considerablemente la representación y el control democráticos. Falto de un anclaje en una sociedad civil que sea a la vez supra-nacional y local, el estado red gana en flexibilidad y eficacia lo que pierde en democracia y transparencia.

El Estado red y la sociedad civil en un contexto global

Conforme los estados se articulan entre ellos para incrementar su operatividad en un contexto global, sus vínculos con sus respectivas sociedades civiles se debilitan. Por otro lado, los ciudadanos confrontados con problemas cuya raíz se sitúa más allá del ámbito local o regional, buscan formas de presión, inserción y participación en la gestión de los procesos globales que determinan su vida. Es así como el comercio mundial, la conservación del medio ambiente, la protección de los derechos sociales, la solidaridad como especie humana y la defensa de los derechos humanos devienen materia prima en la constitución de una nueva sociedad civil sin referencia directa al estado. Porque al no existir, en términos reales, un centro global de poder estatal, sino una red fluida de intercambios, alianzas y decisiones compartidas, la sociedad civil en ciernes tiene necesariamente que asumir una geometría variable. Es una red local-global, construida en torno a Internet, a través de redes específicas para cada tema o causa: ecologismo, feminismo, amnistía política, derechos sociales, derechos de la persona, etc., en sus múltiples variantes. La forma de acción es fundamentalmente simbólica, a través de la creación de acontecimientos mediáticos que impactan a la opinión pública, estimulan el debate en distintos contextos y, en último término, modifican los códigos culturales a través de los cuales los ciudadanos toman sus decisiones. En cierto modo, el cambio de mentalidad conseguido mediante movilizaciones simbólicas podría afectar la decisión política de los estados y, de alguna forma, restablecer la conexión estado-sociedad civil a un nuevo nivel. Pero, en realidad, los mecanismos de influencia son tan indirectos, las formas de representación política tan simplificadas y los procesos de decisión política en el estado red tan complejos e impredecibles, que la conciencia cultural no parece estar realmente vinculada a la decisión política. Para ilustrar el análisis, consideremos brevemente el ejemplo de la movilización de Seattle contra la Organización Mundial de Comercio, en diciembre de 1999.

El tema común de los manifestantes de Seattle era, en sus propias palabras, "No a la globalización sin representación", que hacía eco al tema de origen de la guerra de la independencia norteamericana "No a la imposición (tributaria) sin representación" (por cierto, un buen tema a recoger por parte de los trabajadores inmigrados en Europa). Ahora bien, en sentido estricto, la protesta así planteada era demagógica. Porque los ciudadanos de los distintos países estaban, en principio, representados por sus gobiernos. De modo que la simple presencia de sindicalistas, ecologistas, consumidores, activistas de derechos humanos, feministas y asociaciones ciudadanas en Seattle ponía en cuestión la representatividad de sus gobiernos. O, al menos, el principio de exclusiva representación. Sucesivas protestas en Washington y Praga contra el Fondo Monetario Internacional e incluso en Nueva York contra las Naciones Unidas, corroboran esta interpretación. En realidad, más allá del derecho a ser oídos, las organizaciones y movimientos contra la globalización son una coalición de intereses y valores muy diversos y hasta contradictorios. Por ejemplo, la fuerza esencial en la base de la movilización de Seattle fue el sindicalismo norteamericano, con objetivos claramente proteccionistas. Unos meses después, organizamos en Berkeley, un debate sobre Brasil en la globalización en el que estaban presentes el dirigente sindical estadounidense organizador de la protesta de Seattle y los principales líderes de las dos grandes centrales sindicales brasileñas. Los sindicalistas brasileños tuvieron una expresión elocuente: "Como trabajadores, estamos con la protesta de Seattle; como brasileños, estamos en desacuerdo". El debate sobre el sesgo de la defensa de los intereses del Tercer Mundo desde organizaciones fundamentalmente basadas en el Primer Mundo no ha hecho sino empezar. Lo que afirman los movimientos globales contra la globalización, estructurados en Internet y actuando a través de los medios de comunicación, son valores fundamentales, junto a intereses corporativos. Los intereses corporativos son de ámbito local. Los valores fundamentales son de ámbito global. Pero la mayor parte de movilizaciones defensivas y/o corporativas en el Tercer Mundo se plantean en sus ámbitos locales, en contra de sus propios gobiernos, justamente catalogados como agentes de la globalización. Por tanto, en el ámbito local y nacional, la oposición contra la globalización, rompe el vínculo entre sociedad civil y estado por su contraposición de intereses. En el ámbito global, la oposición entre los embriones de sociedad civil global y las instituciones del estado red se estructura en torno a una oposición de valores. Esta oposición cristaliza en un antagonismo creciente entre instituciones internacionales y activistas globales, amplificado por los medios de comunicación, terreno esencial para las protestas simbólicas.

Privada pues de la referencia al estado, la emergente sociedad civil global tiene que refugiarse en la afirmación de valores universales y constituirse en proto-estado en nombre de la defensa de los derechos humanos.

Sociedad civil global, política simbólica y derechos humanos

Cuando los ecologistas exigen incluir la preservación de los delfines y las tortugas en los tratados de comercio internacional afirman la primacía de la diversidad biológica sobre el crecimiento económico. Cuando las organizaciones sindicales exigen la abolición del trabajo infantil están defendiendo el derecho fundamental a la niñez aunque, de paso, defiendan sus puestos de trabajo. Cuando las asociaciones de solidaridad con los presos políticos, los torturados, los desaparecidos, exigen el juicio de los criminales cualesquiera que sean los acuerdos políticos que los protegen, están poniendo el respeto de la persona humana por encima de la soberanía del estado. En un mundo de comunicación interactiva instantánea y con nuestras mentes conformadas por impactos mediáticos, la globalización es también la globalización de los derechos humanos y de la acción social colectiva. La política simbólica es la política de la era de la información. Las batallas políticas se dan en torno a los códigos culturales, que están en la base de la formación de opiniones y actitudes. En último término es en torno a los códigos culturales con los que ve el mundo que la gente vota, compra, deja de votar o deja de comprar.

En este contexto, las organizaciones emergentes de la sociedad civil global tienen una capacidad de acción mucho mayor que en el pasado. El acceso a la información, la capacidad de comunicación horizontal y la capacidad de impactar los medios de comunicación hacen que grupos de activistas relativamente pequeños y con reducidos recursos puedan llegar a mucha gente. Incluso en el caso de que los medios de comunicación resistan la circulación de información (caso improbable en la situación competitiva entre medios de comunicación), Internet ofrece una plataforma global de información. Y recordemos que Internet no se puede controlar salvo desconectándose de la red, un precio que las sociedades avanzadas ya no pueden pagar. Ahora bien, la influencia de estos activistas sólo existe en la medida en que sus temas, sus ideas, sus propuestas, sus imágenes, resuenan en la conciencia y la mente de los ciudadanos. Es decir, no hay que temer que cualquier fantasía arrastre grandes movimientos de opinión. O al menos, no tenemos evidencia empírica de dicho fenómeno. En la medida en que, a diferencia del periodo histórico reciente, la demagogia no tiene aparato político (porque los aparatos políticos no son creíbles) las movilizaciones simbólicas sólo generan influencia de masas en la medida en que se articulan con la vivencia individual y colectiva. Si la gente de todo el mundo reacciona de forma generalmente positiva a los valores ecológicos planteados por el activismo global es porque, efectivamente, ha habido un cambio de códigos culturales en torno a nuestra identidad como especie biológica y a la prioridad necesaria a la conservación de la naturaleza.

La sociedad civil global que se constituye en torno a esta política simbólica es de carácter ofensivo, de matriz gramsciana, tendente a la transformación

de las instituciones del estado en torno a nuevos valores. Pero, a diferencia de la sociedad civil europea en la que Gramsci basó su reflexión, hoy por hoy, los movimientos sociales alternativos a la globalización tienen escasa articulación con instituciones políticas. Y su extraordinaria diversidad e incluso sus contradicciones le impiden constituirse en contra-instituciones. Son redes críticas más que organizaciones paralelas. De ahí que busquen su impacto en el estado mediante la afirmación de derechos humanos a defender en instituciones del estado que escapen al poder político. Las instancias judiciales nacionales e internacionales se convierten así en instrumento privilegiado de la acción política de los movimientos contra la globalización uni-dimensional. Son los jueces y las diversas instancias de tribunales nacionales e internacionales los que, en último término, pueden establecer el puente entre los valores fundamentales afirmados por la sociedad civil global en ciernes y la toma de decisiones en el seno de la sociedad. El camino por el cual se llegó al procesamiento de Pinochet fue largo y tortuoso, pero al final tuvo que decidirse en los tribunales chilenos -gracias a las condiciones creadas por la presión internacional. En el plano económico, es significativo observar que las empresas multinacionales son más receptivas en estos momentos que los propios gobiernos a la presión de los movimientos de opinión, cuando estas presiones se traducen en movimientos de consumidores que afectan potencialmente la demanda y la imagen corporativa. No hay regla general en relación con los caminos de cambio social y cultural en nuestras sociedades. Pero si se puede decir que cuanto más sensible es un proceso de decisión a los cambios culturales suscitados por la acción simbólica, más receptivo será a la movilización global en torno a los derechos humanos.

Pero, ¿cuáles son esos derechos humanos? ¿Cómo se definen? Y ¿quién los define? La respuesta está en los vericuetos de la acción colectiva y de su éxito diferencial en la política simbólica. No hay un catálogo de derechos preestablecidos. O, más bien, hay tantos derechos establecidos en tantos catálogos constitucionales, empezando por la Carta de Naciones Unidas, que sólo su selección en la práctica los transforma en afirmaciones operativas tendentes a cambiar los códigos culturales y, por tanto, la práctica social. Son los actores sociales quienes afirman esos derechos en la práctica. A veces para sí mismos, como las mujeres en movimiento. En otros casos, activistas conscientes (a veces con acierto, a veces errados) defendiendo el futuro de la humanidad, como en la defensa de los niños. O la preservación del planeta, en su todo o en sus partes, como los movimientos ecologistas. A través de ese variopinto proceso se constituye en último término una nueva sociedad civil, en torno a redes de Internet, sistemas de información y movilizaciones simbólicas. Y la acción de esas redes sobre el estado red va generando, embríonicamente, nuevos procesos políticos que acabaran cristalizando en nuevas instituciones del estado. De un estado que hoy por hoy desconocemos, pero que sabemos que no será ni nacional ni global, sino hecho de flujos de intercambio de identidades his-

tóricas e intereses coyunturales a través de redes de comunicación y sistemas de información.

Cualesquiera que sean las formas de ese nuevo estado su principio de legitimidad será construido sobre los derechos humanos que hayan emergido como códigos culturales compartidos a partir de la práctica crítica sobre la globalización. Lo que quiere decir que las nuevas pasarelas entre sociedad civil y estado en la era de la información tienden a ser simbólicas y comunicativas, más que construidas en torno a aparatos. En esas condiciones, Locke daría prioridad a la privacidad informativa, Tocqueville a la acción comunicativa y Gramsci a la extensión de los derechos humanos a todos los ámbitos de nuestra experiencia común.

BIBLIOGRAFÍA

- Held, David y otros, *Global transformations*, Stanford: Stanford University Press, 1999.
- Will Hutton y Anthony Giddens (editores) *On the edge. Living in Global Capitalism*, Londres: Jonathan Cape, 2000
- Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid: Alianza Editorial, 3 volúmenes, 1997- 1998 (edición revisada, 2000).
- Ankie Hoogvelt, *Globalization and the post-colonial world*, Londres: MacMillan, 1997.
- Martin Albrow, *The global age*, Cambridge: Polity Press, 1996.
- Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink *Activists beyond borders. Advocacy networks in international politics*, Ithaca: Cornell University Press, 1998.
- Starhawk "Comment nous avons bloqué l'OMC", *Multitudes*, no. 1, Marzo 2000, pp. 102- 107.
- Jorge Riechman y Francisco Fernández Buey, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona: Paidós, 1994.
- Fritjof Capra y Gunter Pauli (editores) *Steering business toward sustainability*, Tokyo: United Nations University, 1995.